



## La selva en guerra

### Cuentos

Había una vez un elefante llamado Tromba, al que todos los animales de la selva –inclusive otros elefantes- respetaban o temían por su gran tamaño y poder.

En esa época la selva era un jardín tranquilo, porque cada especie (leones, cebras, papagayos, tortugas y demás) se alimentaba con hierbas y frutas, sin molestar al resto y cada cual sabía que no debía invadir el territorio del otro, pues cada uno tenía suficiente con el suyo.

En consecuencia, las cosas estaban en perfecto equilibrio, ya que la tierra y los ríos –siempre que estuvieran bien cuidados- proveían alimento para toda la vida y en tiempo frío o lluvioso ofrecían refugio para la totalidad de las criaturas.

Un día, mientras dormía la siesta, Tromba tuvo un sueño.

En ese sueño, él aparecía sentado en un trono de oro, con pavos reales que lo apantallaban con sus colas abiertas en abanico, un grupo de monos le daba bananas peladas en la boca y todos los pajaritos se posaban sobre su enorme lomo para sacarle las pulgas y espantarle las moscas, en tanto que una fila de yacarés vigilaba detrás para que nadie lo molestara.

Fascinado con la visión de este paraíso, Tromba se despertó y fue enseguida a contarle su sueño a un grupo de amigotes casi tan gigantes como él. Éstos, maravillados también por la descripción que escucharon, pasaron el día entero pensando en lo cómodo que sería vivir de esa manera y al atardecer, cuando el tul oscuro de las sombras comenzaba a cubrir el cielo, le

propusieron a Tromba convertir su sueño en realidad...

- ¿Por qué no? –pensó Tromba en voz alta, tentado por la idea-. Después de todo, soy el más fuerte.

Los amigos lo rodearon, mirándolo de un modo extraño y Tromba, reconsiderando lo que había dicho, se corrigió.

- Eh... somos los más fuertes... ¿Quién nos lo podría impedir, no es cierto?

Esa misma noche, cuando todos los habitantes de la selva dormían, los elefantes fueron al río y atacaron por sorpresa a los yacarés, obligándolos a vigilar todas las entradas al agua y no dejar pasar ni beber de ella a nadie. Los yacarés, impotentes ante el tamaño de sus atacantes y viendo que era inútil –por la dureza de su piel- intentar morderlos, no tuvieron más remedio que obedecer.

Al amanecer, antes que la primera aguja de sol apareciera entre las nubes rojas, los animales más madrugadores que fueron a lavarse la cara y a tomar su desayuno de agua, se encontraron con que tenían prohibida la entrada a su propio territorio.

Conforme pasaron las horas, fue reuniéndose una multitud de animales -muchos de ellos con sus crías-, todos llorando, porque tenían sed.

- ¡No, no y no! –gritaron los elefantes, con las trompas en alto- ¡Hoy comienza un nuevo orden en la selva y, desde ahora, nosotros somos los reyes y todo nos pertenece!

- ¡Entonces vamos a sacar el agua de las frutas! –refunfuñó un viejo y sabio antílope al que todos siguieron. Pero descubrió que los arbustos estaban ya custodiados por hienas que se habían asociado a los elefantes, a cambio de un poco de agua.

- ¡Tenemos hambre! –se quejó un buitre, mientras volaba en círculo para tratar de despistar a un yacaré-. Si no nos dejan comer de los arbustos, subiremos hasta lo alto de los árboles y comeremos lo que encontremos –agregó.

Y diciendo esto, se remontó hasta la última rama de un manzano, seguido de un montón de animalitos voladores y trepadores, pero ¡ay! se encontró con que por todas partes había serpientes venenosas que también habían llegado a un acuerdo con los elefantes y estaban allí, acechantes y mortales...

Cubiertos el agua, la tierra y el aire, miles de criaturas debieron resignarse a pasar el día lo mejor que pudieran, en la esperanza de que a los "señores" se les pasara el capricho.

Al día siguiente, la historia se repitió: los elefantes dando órdenes absurdas, los yacarés vigilando el agua, las hienas en los arbustos, las serpientes en los árboles...

El hambre y la sed crecieron y crecieron.

Hasta que una tarde, mientras los elefantes se daban una ducha cerca del río, echándose chorros de un charco fresco unos a otros, un león loco de hambre intentó acercarse a una planta llena de frutos maduros y jugosos que se movían con la brisa. Al momento, tres hienas lo corrieron. El pobre felino huyó con las últimas fuerzas que le quedaban y, viendo que había un grupo de arbustos oscuros sin vigilancia, se abalanzó sobre él e hincó sus colmillos en un largo tronco carnosos. Una sabia tibia comenzó a brotar a borbotones, manchando de rojo las ramas negras: en su desesperación, la fiera había caído sobre una cebrilla, sin darse cuenta de su terrible error.

Creyendo que el león había hallado comida, cuatro buitres bajaron desde el cielo a gran

velocidad y –también cegados por no probar bocado desde días atrás- arrasaron con lo poco que quedaba de carne.

Con excepción de los nuevos “dueños” de la selva y sus oportunos asociados, el resto de los animales padecía la hambruna y la alucinación a tal punto que, lejos de extrañarse y horrorizarse por lo que estaba ocurriendo, todos miraron a su alrededor y se lanzaron a perseguir al vecino inmediatamente más pequeño que tuvieran a su alcance. En un segundo, los rinocerontes saltaron sobre los tigres, los tigres sobre los lobos, los lobos sobre las zorras, las zorras sobre las liebres...

Desde aquel tiempo, los animales cambiaron a la fuerza sus costumbres y vivieron cazándose unos a otros hasta nuestros días.

Pasaron cientos y cientos de años.

Hoy, los elefantes siguen siendo los animales más poderosos de la selva, pero son muy buenos. Ellos no tienen la culpa de las cosas que hicieron sus tatarabuelos, pero -igualmente que las demás criaturas- crecieron en una selva que ya era así el día en que nacieron. Por eso no se sorprenden de nada.

Del mismo modo en que nosotros, los seres humanos, hoy encendemos la TV y vemos que en un país arrojan bombas, pero bombas de verdad, de las que matan de verdad... o hay miles de chimeneas que tiran humo al cielo y nos quitan el aire puro... o en el mar hay barcos que vierten basura y los peces se mueren, también de verdad y pensamos que esa es la manera normal de vivir... también en la selva los animales se acostumbraron a matarse los unos a los otros, porque desde chiquitos no conocieron otro modo de vida.

Así es que este cuento está especialmente dedicado a ustedes, niños.

Para que imaginen que la selva pudo no haber sido siempre lo que es hoy.

Y para que sepan que el mundo tampoco y –lo más importante- no tiene por qué seguir siendo igual... si puede ser mucho mejor.

©Carlos Marianidis (Argentina)  
Premio Casa de las Américas – Literatura Infantil y Juvenil  
La Habana, Cuba, 2002